

C = Cuerpo de Cristo (la Iglesia)

La "C" representa el Cuerpo de Cristo, que en las Escrituras se identifica con el concepto de Iglesia. Así como nuestro cuerpo es uno y tiene muchos miembros, también el Cuerpo de Cristo es uno, pero compuesto de muchos miembros. Aquellos que han recibido a Cristo como Señor y Salvador en sus vidas son parte de la iglesia también universal. Es crucial, sin embargo, que seamos también miembros llenos de vida y con poder de reproducción, de un cuerpo local de creyentes que sea al mismo tiempo saludable y equilibrado.

Las Escrituras nos exhortan a que no descuidemos, como es la costumbre de algunos, el reunimos juntos los creyentes (Hechos 10:25). Lamentablemente, hoy día hay multitudes que se separan de la iglesia y se acogen a la televisión.

El impacto del televangelismo en la iglesia ha sido masivo. Pero con el paso del tiempo, y a la larga, lo que ha hecho es conformarnos a la cultura secular en lugar de conformarnos a la Persona de Jesucristo. La adoración ha sido convertida en un festejo, la confraternidad ha sido cancelada por el individualismo y el concepto bíblico de "cada creyente un testigo" (Hechos 8:1), ha sido asumido por el testimonio equívoco del televangelista. De hecho, la identidad misma de la iglesia y su manera de funcionar han sido dramáticamente alteradas.

Volver de regreso a lo básico significa restaurar nuestra visión de la iglesia como el vehículo ordenado por Dios para que le rindamos culto únicamente a El; como el único y unido Cuerpo de Cristo y el medio por el cual nosotros recibimos el llamado para hacer discípulos.

Usemos la palabra "GOD" (Dios en inglés), como un acrónimo que nos permita reconocer las señales de una iglesia saludable y bien equilibrada. La "G" representa a Dios, la "O", el vocablo en inglés "*oneness*", que se refiere a la "unicidad" o "unidad" de la iglesia; y la "D", que nos sugiere la idea de "discipulado".

Dios

El primer signo de una iglesia saludable y bien equilibrada es un pastor que esté comprometido en guiar a su comunidad de creyentes en la adoración a Dios por medio de la oración, la alabanza y la proclamación de la Palabra.

1. La oración

La oración está tan intrincadamente mezclada con la adoración, que sería imposible pensar en un servicio en la Iglesia sin que se ore. Desde los mismos principios de la iglesia Cristiana primitiva, la oración ha sido el medio esencial para rendirle adoración a Dios. Fue así que el mismo Jesús enseñó a sus discípulos a orar:

*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.*

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal. Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.

2. Alabanza

La alabanza es otra forma mediante la cual un cuerpo de creyentes adora a Dios. Pablo urgió a la Iglesia de Efeso a que se mantuvieran "hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones" (Efesios 5:19). En los Salmos, sin duda el himnario de la iglesia primitiva, nosotros descubrimos una impresionante descripción del Dios que merece nuestra alabanza y adoración. Como escribió el salmista:

Alabad a Dios en su santuario;

Alabadle en la magnificencia de su firmamento. Alabadle por sus proezas;

Alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza. Alabadle a son de bocina;

Alabadle con salterio y arpa. Alabadle con pandero y danza;

Alabadle con cuerdas y flautas. Alabadle con címbalos resonantes;

Alabadle con címbalos de júbilo. Todo lo que respira alabe a Jah.

Aleluya. Salmo 150

3. Proclamación

En adición a la oración y a la alabanza, la proclamación de la Palabra es un aspecto vital de la adoración a Dios. En I Timoteo 4:13, Pablo exhorta a su discípulo diciéndole: "Ocupate en la lectura, en la exhortación y la enseñanza", y en II Timoteo 4:2, él le insta a: "que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina". Por medio de la proclamación de la Palabra de Dios los creyentes son edificados, educados y capacitados para evangelizar.

Es a través de la oración, la alabanza y la proclamación que nosotros somos objetos del mandato: "Sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (Pedro 2:5)

Unidad

La segunda característica de una iglesia saludable y bien equilibrada está en su unidad y en su exclusividad como institución de Dios. Jesucristo rompe las barreras de sexo, raza y antecedentes que suelen dividirnos como seres humanos, y nos convierte a todos en un solo cuerpo bajo la bandera del amor. El comunismo proclama que convierte a los hombres en camaradas, pero Cristo nos convierte en hermanos y hermanas. La unidad que nosotros experimentamos como el cuerpo de Cristo se hace manifiesta de manera tangible por medio de la comunidad, la confesión y la contribución.

1. Comunidad

El bautismo simboliza nuestra entrada a la comunidad de creyentes que son uno en Cristo. Es un signo y un sello de nuestra muerte a la vida anterior y nuestra resurrección a una novedad de vida mediante el poder mismo de la Resurrección de nuestro Señor. La Santa Comunión es la principal expresión de la unidad que nosotros compartimos como parte de una comunidad de creyentes, ya que todos participamos de los mismos elementos, y sobre todo, participamos de lo que esos elementos simbolizan: Cristo, quien es la fuente de nuestra unidad. Nuestra confraternidad en la tierra, celebrada por medio de la comunión, es un anticipo de la gran hermandad celestial que todos compartiremos cuando el símbolo ceda el paso a lo que de veras representa.

2. Confesión

La confesión de nuestra unidad en Cristo está basada en una importantísima serie de creencias, a las que Walter Martín se refiere llamándolas "Cristianismo Esencial". Estas creencias, las que han sido declaradas en los credos de la iglesia Cristiana, forman la base de nuestra unidad como el cuerpo de Cristo. Las palabras de San Agustín merecen ser repetidas: "En lo esencial, unidad; en lo no esencial, libertad; y en todas las cosas, caridad".

3. Contribución

La contribución de nuestro tiempo, talentos y posesiones son también una tangible demostración de nuestra unidad en Cristo. El pastor no está llamado a realizar la obra del ministerio. Más bien, el pastor está llamado "a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo" (Efesios 4:12). Dios les ha dado dones a los miembros individuales de la iglesia para el provecho común (I Corintios 12:7).

Cristo ha llamado a individuos de todas las lenguas y tribus y naciones a una unidad como miembros de la familia de Dios. Recuerde: ¡ningún ser humano es una isla! Dios ha llamado a cada miembro del cuerpo con un propósito. Los carbones que se queman unidos, juntos brillan y dan calor; pero el carbón que se separa, se va apagando hasta morir.

Discípulos

En la Gran Comisión, Cristo nos llamó, no tan solo para que lográramos convertidos, sino también para que hiciéramos discípulos (Mateo 28:19). Un discípulo es un aprendiz y seguidor del Señor Jesucristo. Nosotros hemos sido llamados a la tarea de hacer discípulos por medio del testimonio de nuestro amor, el testimonio de nuestros labios y el testimonio de nuestras vidas.

1. El amor

Uno de los secretos del crecimiento de la iglesia primitiva fue el testimonio de su amor. El amor de Cristo no solamente obligó a los primeros cristianos a ser embajadores (II Corintios 5:20), sino que también apremió al mundo para que cobrara noción de ellos. El amor de Cristo fue tan contagioso que barrió sobre el Imperio Romano con la fuerza de un incontenible fuego. Jesús dijo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Juan 13:35).

2. *Los labios*

Los primeros cristianos no tan solo transformaron el Imperio Romano a través del testimonio del amor, sino también por medio del testimonio de los labios. El libro de los Hechos nos dice que en los días en que Esteban fue martirizado, se levantó una gran persecución contra la iglesia en Jerusalén y todos, exceptos los apóstoles fueron esparcidos a través de Judea y Samaría.

Estos que fueron esparcidos predicaron la Palabra adonde quiera que llegaron.

En esto reside el segundo secreto del crecimiento de la iglesia primitiva. Cada creyente fue un testigo de Cristo. Aunque sea cierto que no todos seamos llamados para ser *evangelistas*, todos sí estamos llamados para *evangelizar*. De aquí que la iglesia deba tomar en serio la tarea de preparar a los creyentes: porque por el resto de sus vidas, donde quiera que Dios les provea las oportunidades, los creyentes deberán estar preparados para hacer discípulos.

3. *La vida*

Estrechamente relacionado con el testimonio de nuestros labios, está el testimonio de nuestras vidas. Se cuenta la historia¹ de un hombre que trabajaba en una fábrica en el norte de Inglaterra. Un día, cuando estaba ascendiendo por una escalera, él perdió su equilibrio y cayó sobre un disco de metal que estaba caliente, al rojo vivo. Sus compañeros de trabajo estaban frenéticos, tratando de comunicarse con algún médico, cuando este hombre gritó: "¡Olvídense del médico! ¡Me estoy muriendo! ¿Puede alguien decirme cómo puedo ir a encontrarme directamente con Dios?".

De los 300 hombres en la fábrica, ninguno pudo dar un paso al frente. Más tarde uno de los hombres confesó que él pudo haber dado el paso al frente, pero que el testimonio de su vida había sido tan malo que había llegado a impedirle el testimonio de sus labios.

Si nosotros tan solo testificáramos con nuestras vidas, correríamos el peligro de testificar solamente para nosotros mismos. Por otra parte, si nuestras vidas invalidan el testimonio de nuestros labios, estaríamos nada menos que arrastrando por el fango el nombre de Jesús. Tenemos que testificar al mismo tiempo, con nuestras vidas y con nuestros labios.

Tal vez debiéramos nosotros, como en la iglesia Cristiana primitiva, entender plenamente el concepto bíblico del sacerdocio de los creyentes. Claramente, el llamado del pastor no es a realizar la obra del ministerio por sí mismo. Sino que más bien, el está llamado "a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de plenitud de Cristo" (Efesios4:12,13).

Es mi oración que este acrónimo "G-O-D" les recuerde del gran privilegio que tienen como cristianos de estar conectados vitalmente con una iglesia saludable y equilibrada: una iglesia en la cual Dios es adorado, en la cual se disfruta una verdadera unidad en la confraternidad, y en la cual ustedes aceptan la responsabilidad de ir para hacer discípulos de todas las naciones. De cierto, que cada cristiano pertenece a "un pueblo escogido, un sacerdocio real, una santa nación, para que anuncie las virtudes de aquél que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable" (I Pedro 2:9).